

Querido Miguel:

Hoy he vuelto a encontrar la pasta de dientes en la nevera. Quizá se deba a que asumiste con una terquedad infantil tu propio y absurdo axioma de que la combinación de flúor y frío blanquea la dentadura. Me produce cierto sonrojo pensar que tu manía de ñrefrigerar el dentífricoñ sea el Crusoe de tu naufragio. Sara no lo lleva tan bien. Llamó esta mañana, se traslada a Barcelona. Tú dirías que ante ella se abre la maravillosa experiencia de descubrir una ciudad, que sus posibilidades de ascenso están allí, pero yo creo que se aleja de nosotros. No te culpo, bueno, sinceramente, a veces sí. Y mucho.

Intento imaginar tus ausencias, quizá no sean tan terribles. Puede que regreses a tus vivencias preferidas, que habites paisajes imposibles, una melodía aún no inventada o quizá el cuerpo de aquella mujer que siempre anhelaste. Yo también tengo ausencias. Las provooco. Ayer sin ir más lejos, vino nuestra vecina de la casa del pueblo, pero yo no la escuchaba. Estaba contigo en aquel baile. ¿Recuerdas mi vestido rojo? Mi madre sólo me dejó hasta las diez. Desde luego que con ese vestido no tenía intenciones demasiado decorosas. Y tú tampoco. De eso me di cuenta después... pero a lo que iba, que Paquita creyó que yo también me había ido, como tú, y se asustó un poco la mujer. Pero yo no quise sacarla del equívoco. Así no vendrá más.

Lleva unos días lloviendo. Las gotas de lluvia golpean los cristales tan insistentemente que parece que van a romper la meridiana superficie. Se parece al día en el que nos conocimos, en la escuela rural ¿te acuerdas? Qué tonta, claro que no lo recuerdas. Era mi primer día de colegio y estaba lloviendo a cántaros. Cuando entré en la escuela había un centenar de niños dispuestos desordenadamente en unos viejos pupitres. Y allí estabas también tú, compartiendo una pizarra gastada con un niño más pequeño. Tampoco he podido olvidar aquellos atardeceres, cuando nos saludábamos con la mano, cada uno desde la puerta de su cortijo, separados por un profundo valle a nuestros pies. Un valle que se me presentaba enorme, como un abismo, tan profundo y ancho que cabía un mundo entero allá abajo, y ya ves, hace poco que volví con Sara allí, lo encontré diminuto, un obstáculo ridículo para separarnos aquellas noches de verano. Ahora he aprendido que la memoria no es inocente, es caprichosa, mentirosa, zalamera e incluso cruel en algunas ocasiones, rememora y distorsiona las vivencias a su antojo, probablemente el nuestro, conduciéndonos a hechos que contienen una buena dosis de inventiva. Hechos en los que nos gusta sumergirnos cuando ya no deseamos almacenar nuevos recuerdos. Y el amor tiene tanto de recuerdos...

Tus ausencias también vinieron un día de lluvia. Habíamos almorzado en la mesita de la cocina, los dos solos. Era arroz con pescado, lo recuerdo perfectamente. Quité los platos y el mantel y nos sentamos a ver la televisión. Fue entonces cuando me preguntaste si habíamos almorzado. Me parecía insólito que alguien no pudiera recordar el simple hecho de haber comido. Un hecho que, además, queda fuera de posibles dudas, del que no cabe discusión. Ahí empecé a temer que algo extraño sucedía.

Luego llegaron otros olvidos, algunos menos cotidianos, otros más extraordinarios. Como aquella tarde que Sara vino a tomar café con nosotros, y saliste del cuarto de baño gritando que había un extraño en casa, que quién era aquel hombre. Efectivamente, había un señor mirándote fijamente: era tu reflejo. Sara y yo nos reímos a carcajadas. Pero creo que fue aquel despiste el que la dejó más impactada, ver a su padre completamente indefenso ante su propio reflejo...

Si has conseguido leer estas líneas y llegar hasta aquí, quiero que sepas que pese a todo, creo que hemos sido felices y he de agradecerte los momentos compartidos. La verdad no me importa si el amor es un engaño para sobrevivir, una forma de compartir soledades y gastos de hipotecas, si es sentimiento, estado, concepto o cóctel hormonal. He sido feliz contigo y eso me basta. La compañía siempre fue estupenda, incluso cuando la pasión se enfrió como tu dentífrico. Unas buenas dosis de

ternura y complicidad hicieron el resto.

Y por ello ahora, después de pasar una larga vida juntos, a veces cómplices, a veces distanciados, perdonándonos lo cotidiano, hemos llegado a una dolorosa paradoja: cuando a mí sólo me queda recordar, tú ya no puedes hacerlo. Posiblemente has dejado de quererme, ¿acaso puede vivir el amor desde el olvido?

Cerca de tí, esperando que regreses,

Julia.